MEMORIA

MUSEO NACIONAL DE ARTE

NÚM. 4, 1992

MEMORIA

DEL MUSEO NACIONAL DE ARTE

Publicación semestral, Núm. 4
1991-1992

Director de la revista
Graciela de Reyes Retana

Consejo editorial
Karen Cordero
Jaime Cuadriello
Luis Martín Lozano
Jorge Alberto Manrique
Xavier Moyssén
Fausto Ramírez

Jefe editorial
Luis Martín Lozano

Coordinador editorial
Liliana Rosas Suárez

Revisión de textos
Lucero Flores Zúñiga
Alberto Cué

Traducción
Luis Carlos Acedo
Mónica Mayer

Diseño
Carlos Gayou Picazo

Fotografías
Leopoldo Aguilar Dubois: 4, 27, 40, 44, 45, 67, 68, 72, 95, 96, 99, 104, 111, 112, 113, 114, 116, 118, 120
Francisco Cruz: 88, 132, 133, 135, 136, 137
Dolores Dalhaus: 10, 11, 12, 14, 17, 25, 26, 29, 35, 36, 49, 53, 54, 57, 77, 102, 106
Rodrigo Llorente
Jesús Sánchez Uribe: 87
Cortesías
Galería Arvil
Galerías Cristóbal

Portada
CARLO COPPEDE (1868-?)
Alegoría del Arte (Salón de recepciones) del Museo Nacional de Arte), cd. 1908
Óleo sobre tela

Impresión
Robles • Prisma
Calz. Acueducto 402, Huipulco
Tlalpan, 14370 México, D.F.

Tiraje 1000 ejemplares

Esta publicación se editó gracias al apoyo de Cementos Mexicanos, S.A. de C.V.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 3

NUESTRO ACERVO 5

LECTURA DE UNA DECORACIÓN
Juana Gutiérrez Haces

A PROPÓSITO DEL MINISTERIO DE SAN JOSÉ (ADDENDA)
Jaime Cuadriello

FUENTES Y DOCUMENTOS 61

LA PINTURA DE PAISAJE, EN LAS CONCEPCIONES Y EN LAS ENSEÑANZAS DE EUGENIO LANDESIO
Fausto Ramírez

EXPOSICIONES TEMPORALES 81

LOS MURALES DE ÁNGEL ZARRAGA EN LA LEGACIÓN DE MÉXICO EN PARÍS, 1928
Luis Martín Lozano

PINTORES MEXICANOS EN 1910. ARTÍCULOS HEMEROGRÁFICOS DEL *MEXICAN HERALD*
Pilar García

PIEZAS DEL MES 103

VICTOR PIERSON. *CHINACO EN CHAPULTEPEC*
Luis Martín Lozano

PELEGRÍN CLAVÉ. *ISABEL II, REINA DE ESPAÑA*
Luis Martín Lozano

CARLOS MÉRIDA. *TRANSPARENCIA DE LA MEMORIA Y CANCIÓN MATERIAL II*
Pilar García

VENTANA A LOS MUSEOS 109

OROZCO FRENTE AL NACIONALISMO MEXICANO
Renato González Mello

DESDE EL MUSEO 123

LA SEDE DEL GOBIERNO MEXICANO EN PARÍS*

En virtud del permiso otorgado por el señor Presidente de la República, Gral. Plutarco Elías Calles, el gobierno mexicano efectuó la adquisición, según acta notarial del 8 de diciembre de 1926, de la casa de la Sra. Duquesa de Luynes y de Chevreuse, sita en París, y se emprendieron los trabajos necesarios para adaptar y ampliar dicha casa a fin de establecer en ella la Misión Diplomática y los Servicios Consulares de México en Francia y, de este modo, mantener y fortalecer las relaciones amistosas que sostienen felizmente los dos países.

La propiedad, con una extensión de 632.94 m^2 comprendía en el momento de la adquisición: una casa construida hacia el año de 1882, sita en el número 20 de la Avenida del Presidente Wilson, parte en la que la fachada tiene 17.16 m de largo, y un terreno sin construir de aproximadamente 250 m^2 que se encuentra en el número 9 de la Calle del Longchamp, a orilla de la cual se extiende en 23.40 m de largo.

Los proyectos y ejecución de los trabajos, tanto los de adaptación de la casa—empezados en abril y terminados en julio de 1927— como los de construcción del edificio destinado a las oficinas, sobre el terreno no edificado —comenzados en julio de 1927 y terminados en enero de 1928— fueron dirigidos, lo mismo que los diseños de la mayor parte de los muebles de la casa, por el Arq. André Durand, según el programa que yo establecí con el Cónsul General de México en París, Sr. Arturo Pani, quien, junto conmigo supervisó constantemente el curso de los trabajos. Del mismo modo fueron realizadas la pinturas decorativas del salón de fiestas de la casa, por el artista mexicano Sr. Ángel Zárraga.

En la actualidad, la distribución interior de la casa está compuesta como sigue: en la planta baja se encuentran un vestíbulo y dos pequeños salones; en el primer piso se encuentra otro vestíbulo, que corresponde con el que se encuentra en la planta baja, el salón comedor y el salón de fiestas; en el segundo piso, y en una parte del tercero, hacia el lado de la fachada del edificio, las habitaciones privadas del Jefe de la Misión Diplomática; y en el cuarto piso, una amplia galería con cristales que puede ser utilizada como invernadero, o para exposición de pinturas, sala de conferencias, etc., desde donde se puede admirar uno de los más bellos panoramas de París. La cocina y sus dependencias, la lavandería, las habitaciones de la servidumbre, el garage, etc., se encuentran en una ala de cuatro pisos que se eleva al borde de un patio que separa la casa privada del edificio de oficinas.

En este edificio construido sobre la calle de Longchamp, se agrupan, alrededor de dos espaciosos vestíbulos superpuestos e independientes uno del otro, así como en armonía con la disposición general de los diferentes servicios, los locales destinados a las oficinas diplomáticas y consulares lo mismo que aquéllos que fueron especialmente decorados y amueblados para instalar una Biblioteca Mexicana y un Museo Comercial. Para este edificio se emplearon los mejores materiales y los procedimientos de

Salón de fiestas de la Legación de México en París, *ca.* 1928

A través de la serie de pinturas que decoran el Salón de fiestas, Ángel Zárraga dio forma plástica al sueño milenario de la fraternidad universal y al deseo ferviente de incorporar a México al progreso de las naciones "civilizadas" del mundo.

construcción más modernos; así mismo, se hizo un esfuerzo para establecer una estrecha relación entre la distribución arquitectónica y el mobiliario con el objetivo que se quería alcanzar: el más grande y fructífero rendimiento de los trabajos allí efectuados, trabajos que, evidentemente, son más importantes que las preocupaciones de orden puramente trivial y mundano.

La decoración y el mobiliario de los dos edificios, con excepción de la planta baja de la casa, en donde hace falta utilizar algunos muebles que ya eran pertenencia de la Legación, fueron concebidos y realizados de conformidad con las tendencias de simplicidad y de utilidad de las artes decorativas modernas. Sólo haré mención especial de aquello que se refiere al salón de fiestas de la casa, cuya decoración se compone de grandes paneles pintados al óleo; en ellos se ha querido representar alegóricamente, el origen de México así como los diversos problemas que han sido la consecuencia natural de su desarrollo; su amistad con Francia y las aspiraciones de progreso y de fraternidad universal.

El martirio de Cuauhtémotzin (Cuauhtémoc) último *tlacatecuhtli* azteca —"jefe de los guerreros"— simboliza la energía y el estoicismo de la raza indígena. La civilización cristiana, que llegó al Anáhuac a través de España, acoge maternalmente a la civilización aborigen, y el espíritu de las nuevas generaciones recibe la luz de su doble tradición. Las riquezas del suelo mexicano, poseídas y codiciadas por los pri-

Salón de fiestas de la Legación de México en París, *ca.* 1928

La visión historico-alegórica que Zárraga desplegó en los muros del Salón de fiestas, presentó al país como una nación estable, en busca del orden y preparada para hacer frente al progreso.

vilegiados nacionales y extranjeros fueron la causa permanente de las vicisitudes internas y externas del país; así México invierte su cuerno de la abundancia, del cual tiene su forma geográfica, y un haz luminoso, como si fuese el brazo de una cruz, pesa sobre la indígena, manifestando con ello que la propia riqueza exhuberante del suelo natal ha sido la cruz del pueblo mexicano y la fuente de todas sus desgracias. La Revolución Mexicana, constituida por movimientos de adaptación del organismo nacional a unas mejores condiciones de existencia colectiva escribió con sangre sus tres episodios más importantes: la *Emancipación política,* para constituir un estado soberano e independiente (1810-1821); la *Emancipación espiritual,* es decir, el triunfo del liberalismo republicano sobre el poder clerical y sobre el intento de imponer a un príncipe católico extranjero como emperador (1857-1867); y, por último, la *Emancipación económica* que, desde 1910, ha sido la lucha abierta y encarnizada de los desposeídos en contra de todos los privilegiados, con el fin de obtener una mayor participación popular en el gobierno y un reparto más equitativo de los bienes de la nación. En resumen, la Revolución, al proponerse mejorar el status social y económico de las clases trabajadoras oprimidas —representadas por un obrero y un campesino—, y moralizar la minoría dominante —simbolizada por Dolores del Río, quien rompió las cadenas de los prejuicios aristocráticos y religiosos de su clase para trabajar como artista—, producirá una reconci-

liación beneficiosa entre todas las clases sociales; la bandera nacional que cubre a la bella artista, al obrero y al campesino, como un manto protector, así como el aspecto general de la composición, evocan la memoria de la virgen morena de Guadalupe, la que, según la leyenda, se apareció milagrosamente a un indio, quizá como una consoladora promesa de reivindicación, y cuya imagen religiosa, fue secularizada por los Insurgentes de 1810 como el emblema de la Independencia Nacional.

Francia, cuya amistad es tan particularmente estimada por los mexicanos que admiran el papel preponderante que ella ha desempeñado en la obra prodigiosa de la civilización, y que reconocen y aprecian el alto valor del cúmulo de sus ideas y sacrificios en la evolución de las instituciones sociales modernas y, consecuentemente, en la emancipación política y en la formación de las nuevas nacionalidades americanas, Francia, como una rosa del mundo, tiende sus brazos amigos hacia los pueblos de América.

La frontera septentrional de México, que es la línea de demarcación de las dos razas que pueblan el Continente, es también la frontera norte de América Latina. La india mexicana de la alegoría representa a todos los pueblos hermanos del Sur; al lado de ella están las flores y los cactos del trópico; más allá, a lo lejos, los rascacielos, las fábricas, toda la potencia acumulada del moderno progreso material. La actitud de la india frente al Norte bien puede responder a un sentimiento de bienvenida lo mismo que a un movimiento de defensa. México desea y espera la perfecta coordinación de los intereses latinoamericanos con aquellos de la otra porción étnica del Continente, así como su cooperación con las tendencias similares de los otros continentes, para llevar a cabo una obra común de solidaridad universal. Además, está convencido de que en la etapa actual de la evolución política del mundo —la de la diferenciación y desarrollo de las nacionalidades—, la línea más corta y de menor resistencia para llegar a la realización de sus deseos y esperanzas, está marcada por el respeto absoluto hacia todas las soberanías. Por otra parte, —aunque este camino pueda parecer con frecuencia obstaculizado o, al menos, erizado de inconvenientes por ciertos intereses ilegítimos, o por los prejuicios y los errores que, de buena o de mala fe irrumpen en las convenciones o en las conferencias diplomáticas— es necesario tener confianza, a pesar de todo en el curso natural de la evolución que impele siempre al género humano hacia su mejor adaptación sobre la tierra. La propia república norteamericana es un hecho que confirma esta tesis y que mantiene esta risueña esperanza.

Se sabe, en efecto, que ni la Confederación Greco-Macedonia de Filipo, que se proponía unir a las ciudades soberanas de Grecia ni la República Romana de las Guerras Púnicas —el primer ejemplo de organización política cuyos límites iban más allá de los de una simple ciudad, y que tenían ya las características fundamentales de un estado moderno— pudieron subsistir pues carecían de los elementos necesarios para formar y unificar una opinión pública; es decir, de los organismos que favorecieran la educación popular y los medios de comunicación accesibles. Además, se sabe bien que como consecuencia del fracaso de la república romana la Civilización debió refugiarse en la monarquía;

que, puesto que las grandes religiones —principalmente la cristiana— realizaron, al propagarse, la primera labor eficaz de educación popular sistematizada, el mundo pudo progresar durante dieciocho siglos diferenciandose en grandes nacionalidades y, por último, que el régimen monárquico se volvió caduco; que penosamente se empezó a regresar al republicanismo y que, con los nuevos elementos creados por la civilización, tales como los ferrocarriles, las escuelas, los periódicos, se produjo el maravilloso fenómeno sociológico de la gran democracia norteamericana, que abarca una inmensa extensión territorial y que acoge a una numerosa población de muy diversos orígenes étnicos, que ha alcanzado el máximo grado de prosperidad y de poder conocido hasta el presente. Así pues, del mismo modo como los ferrocarriles, entre otros factores, hicieron posible la Confederación de los Estados Unidos de América del Norte, la navegación aérea, que reduce considerablemente todas las distancias y empequeñece proporcionalmente al planeta que habitamos, —cuando logre los perfeccionamientos técnicos que puedan hacerla un medio de comunicación seguro, sencillo y barato, al grado de convertirla en popular y, sobre todo, cuando las guerras no impidan más las consecuencias civilizadoras de su utilización intensiva, es decir, la función de los pueblos, la desaparición de las fronteras y la imposición del libre comercio—, la navegación aérea, digo, hará posible o, mejor dicho, conducirá directamente hacia la Gran Confederación del Mundo.

Apenas se ha realizado el sueño casi quimérico del divino Leonardo y, después de algunos años, ya existe la proeza de Blériot sobre el Canal de la Mancha; la del Comandante Franco[1] que llevó a Buenos Aires el saludo alentador de la Madre Patria para la América Latina y de España a toda la humanidad; la hazaña del capitán Lindbergh que logró el primer vuelo sin escalas de Nueva York a París; y la más reciente de Costes y de Le Brix, quienes, con una precisión matemática, han seguido un itinerario que abarca cuatro continentes y el trayecto total sobre las tres Américas; todos estos grandes hechos son otras tantas pruebas de que la conquista del aire prosigue con una enorme rapidez. Apenas empezada y ya llena de gloria, esta página de la historia de la civilización ha sido simbolizada por dos alegorías en el salón de fiestas de la Legación —decorado poco después del inolvidable sacrificio de Nungesser y de Coli y del milagro consumado por Lindbergh—. En la primera alegoría, como motivo central se ve a los precursores, a los infortunados aviadores franceses Nungesser y Coli, fundirse con el océano en tanto que el aeroplano forma sobre ellos como una aureola de gloria. A cada lado, una mujer y una niñita europeas y americanas respectivamente, que simbolizan: las dos mujeres arrodillas, la tristeza por el fracaso de la audaz tentativa; las dos niñas la alegría y la esperanza de la humanidad futura, que recogerá los frutos del esfuerzo de los dos mártires. En la segunda alegoría, el realizador

ÁNGEL ZÁRRAGA (1886-1946)
La joven campesina mexicana (Tehuana), 1927
Óleo sobre tela
210 × 50 cm
Col. Secretaría de Relaciones Exteriores

Una exhibición de nuestras riquezas, en franca actitud de entrega, es la que ejemplifica esta joven mujer de Tehuantepec. En traje de fiesta, la Tehuana ofrece un nutrido ramo de flores como parangón de las riquezas del Istmo y por ende de América.

1 Nota del traductor: Se refiere a Ramón Franco Bahamonde, aviador español, hermano del Gral. Francisco Franco, quien en el año de 1926 realizó la travesía del Atlántico Sur en el hidroavión *Plus Ultra*.

ÁNGEL ZÁRRAGA (1886-1946)
Las Virtudes Teologales, 1927
Óleo sobre tela
212 × 108.5 cm
Col. Secretaría de Relaciones Exteriores

La prosapia simbolista del laureado pintor mexicano, facilitó en gran medida, la conversión de conceptos abstractos —en este caso las virtudes teologales— en metáforas plásticas que encarnan los valores del viejo mundo.

de la proeza, Capitán Lindbergh, une a los dos continentes, sobre los cuales se asienta firmemente, coronado por la hélice del avión como si fuese un casco de triunfo.

Una última alegoría, en forma de tríptico, sugiere la única manera de asegurar las ventajas materiales de la civilización contemporánea mediante un permanente estado de paz mundial. Las figuras de pie, cuyas cabezas resplandecen con rayos luminosos que simbolizan el triunfo del espíritu sobre la materia, se agrupan alrededor de un globo terráqueo que sostienen dos figuras arrodilladas. Sobre este globo, y sin fronteras que lo dividan, aparecen los continentes americano y europeo, en donde se proseguirá, principalmente, el desarrollo de la civilización cristiana. La fórmula simple y eterna de la fraternidad universal "amáos los unos a los otros", y los dos grupos laterales de las Virtudes —la Fe, la Esperanza y la Caridad, a la izquierda, la Justicia y la Fuerza, a la derecha— completan esta representación alegórica.

Un objeto tan alto es, en efecto, inaccesible con el solo progreso material y, por otra parte, desafortunadamente, la humanidad ha progresado infinitamente menos en el orden moral que en el orden material. Desde el Sermón de la Montaña y durante cerca de dos mil años, la civilización moderna se ha esforzado por impregnar con el cristianismo el espíritu del hombre pero éste no ha sido capaz de recordar, incluso, ni la menor dosis de moral contenida en los códigos —el mínimo indispensable para hacer posible la vida en sociedad—, como lo demuestran la necesidad de tener fuerzas policiacas y, a pesar de la eficacia de esta institución, el número de delitos y de crímenes en todos los centros de población. Por otra parte, la situación se agra-

va constantemente al punto que la defectuosa organización del mundo soporta todavía, mediante el predominio de la fuerza sobre el Derecho, un creciente malestar que termina por conducir a la guerra y que determinan, cada vez que esto sucede, un brusco decaimiento de nivel moral medio, lo mismo que un retroceso material, ya que los adversarios —partidos políticos, clases sociales o pueblos— gastan, con el exclusivo fin de exterminio, todos los recursos materiales y técnicos que su progreso industrial les proporciona. Por ello es urgente, sobretodo y ante cualquiera otra cosa, impedir que tales retrocesos puedan tener lugar.

El remedio se encuentra, quizás, en el mal mismo que deploramos y del cual las actuales proporciones se han convertido en síntomas de una próxima crisis. Si la falta de moral conduce a tan injusta repartición de la riqueza —productos de la paz y de la civilización—, la guerra —que produce verdaderas regresiones momentáneas hacia la barbarie— no puede sino distribuir sus perjuicios más injustamente aún: las pérdidas de vidas, los daños irreparables, son sufridos siempre por la parte más sana de los beligerantes; en cuanto a las pérdidas de bienes materiales y morales, cada vez más grandes ya que representan el trabajo acumulado durante siglos por las generaciones precedentes, recaen en primer lugar, directamente lo mismo sobre los vencidos que sobre los vencedores, —con excepción entiéndanse bien, de unos cuantos que tienen la ocasión de cumplir la misión patriótica de atender a las necesidades de la lucha, pero que, después de ésta, resulta que se enriquecen a expensas del sufrimiento de los demás y en medio de la pobreza general— pero indirecta y mayormente, y con las excepciones del mismo orden, sobre todo el género humano, en razón de las relaciones naturales de interdependencia de todos los pueblos. Los grandes intereses que actualmente dominan al mundo son empujados, así, a este dilema que salvará a la humanidad: o se moralizan o perecen. Y los rayos de esperanza que surgen de esta conclusión brillan más aún —consuelo supremo entre las sombras de la miseria, las amarguras y las calamidades que parecen extenderse por doquier— ante las nuevas doctrinas sociales, anunciantes seguras de un renacimiento intelectual y moral que, con la ayuda de los progresos realizados en la prensa, las escuelas y los medios de comunicación, podrá hacer de este mundo el Reino del la Justicia e impodrá, bajo el dominio ineluctable de las leyes naturales, la solidaridad universal anhelada.

París, abril de 1928.

Alberto J. Pani

Enviado extraordinario y
Ministro plenipotenciario de
México en Francia

* Traducción del francés por Luis Carlos Acedo García.